

la refutación del islam, fueron realizándose diversos proyectos de traducciones latinas del Corán, hasta 1698, en que Ludovico Maracci cierra el ciclo de estas traducciones al latín. En 1669, está datada la traducción atribuida al patriarca C. Lúcaris en la primera mitad del siglo XVII, que se nos ofre-

mos ante «un borrador de trabajo sobre una traducción latina del Corán, de momento anónima, incompleta y en pleno proceso de elaboración».

El estudio textual, presentado de forma clara y minuciosa con láminas que ilustran el estado de la copia, ofrece las pruebas de la

[similar papers at core.ac.uk](http://www.core.ac.uk)

provided by

ducción y se plantean serios problemas con respecto a la autoría y al momento de la traducción. Los dos manuscritos que la conservan, de las bibliotecas de Kassel y Zürich, copia del anterior, no aportan datos para su solución.

En el estudio que precede a la edición del texto, el editor analiza todos esos aspectos y considera exhaustivamente todos y cada uno de los testimonios de la bibliografía referente al patriarca de Constantinopla, del que no consta fehacientemente un gran conocimiento del árabe y da noticia de la reciente identificación del manuscrito de Kassel por parte de H. Bobzin. De su análisis, deduce la fundada hipótesis de que nos encontra-

tarios coránicos y fragmentos nuevamente traducidos. Ello da lugar al amplio apéndice de *Fragmenta iterata et commentaria in Alcorano*, recopilado por el editor a continuación del texto del Corán y que proporciona todo el trabajo realizado por el traductor contenido en los manuscritos.

El estudio y la edición que presenta el autor es el resultado paciente y minucioso de análisis y crítica textual de una obra inédita que nos da a conocer uno de los últimos eslabones de la cadena de traducciones latinas del Corán en la Europa latina.

Cándida Ferrero Hernández
Universitat Autònoma de Barcelona

LAPEÑA, Óscar

El mito de Espartaco: de Capua a Hollywood
Amsterdam: Adolf M. Hakkert-Publisher, 2007
288 páginas
ISBN 90-256-0638-5

El libro arranca de una tesis doctoral de igual título leída en la Universidad de Cádiz en el año 2001. La actual obra está aligerada de tamaño, pero, en el tiempo pasado desde la lectura de la tesis, el autor ha mejorado en su formación, tanto histórica como cinematográfica, con lo que la actual obra supera notoriamente a la primera.

El complejo horizonte de los investigadores del cine sobre la antigüedad es difícil de centrar, ya que se necesita una formación doble y equilibrada en historia del cine y en historia antigua, y ello no es fácil.

Lapeña cuenta ya con un amplio currículo en este campo, del cual este libro constituye su obra más valiosa.

Hay que destacar su erudición, en nada grandilocuente, que se puede comprobar en la abundante y útil bibliografía final y en la profusión de las notas, 1268, que manifiestan cómo este libro es el resultado no sólo de varios años de trabajo, sino también de una profunda reflexión sobre todo lo leído y visionado, como se puede observar tras la lectura del libro.

Los cinco primeros capítulos están centrados en el análisis de lo que se sabe del

personaje con un exhaustivo estudio, tanto de las fuentes literarias, como de los diversos puntos de vista de los historiadores contemporáneos.

El capítulo VI expone los datos que se conocen por las fuentes literarias sobre el papel de los esclavos en los conflictos sociales de los últimos siglos de la República y los mecanismos establecidos en la fase imperial para controlar las revueltas serviles.

El capítulo VII lo dedica al análisis de una de las novelas más interesantes sobre el gladiador tracio: *The Gladiators*, de Arthur Koestler.

El capítulo VIII es el más importante y personal de todos, ya que, aunque lo titula *Spartacus* (Stanley Kubrick, USA, 1961), no se limita sólo a comentar esta película, sino que, además, en 64 densas páginas, realiza un recorrido por los principales filmes basados en la antigüedad clásica, con una dedicación especial a los realizados sobre Espartaco y sobre todo a la película de Kubrick.

Quisiera destacar las líneas finales del libro, ya que, en ellas, el autor sitúa en su

justo punto los principales mensajes de esa película que estaban bastante alejados de los que se observan en la novela de Fast en la que supuestamente se inspiró.

El autor expone que resulta paradójico el hecho de que, aunque se presenta a Espartaco como el abanderado de unos ideales progresistas, en realidad, el mensaje era tan ambiguo que se podía usar en cualquier dirección. De ese modo, para cierto sector de la prensa conservadora norteamericana, fue visto como un líder de la libertad que se enfrentaba a un sistema tiránico que podía ser visto como el propio de la URSS y, por otra parte, tampoco sería correcto encajonarla en los típicos films propagandísticos de la Guerra Fría en los que se legitimaba la política norteamericana, pero sí se podría decir que «Espartaco acabó luchando y muriendo por defender los valores de la democracia». Como escribe Lapeña, «la vida y el cine tienen estas cosas».

Alberto Prieto

Universitat Autònoma de Barcelona